

Reseñas

Cristina VIDAL LORENZO y Gaspar MUÑOZ COSME, editores, *La Blanca y su entorno. Cuadernos de arquitectura y arqueología maya*. Editorial UPV, Valencia, 2008. 201 páginas, numerosas ilustraciones, fotografías, dibujos, gráficos, diagramas. Edición rústica, 27 por 21 cm. ISBN: 978-84-8363-210-9.

Ya ha visto la luz el tercer volumen de la serie dedicada a las investigaciones arqueológicas en La Blanca, el Petén, Guatemala. De los escasos proyectos de excavaciones llevados a cabo por científicos españoles en América, éste es el único, junto con el de Oxkintok –realizado en Yucatán, México, entre 1985 y 1991–, en que se han ido publicando volúmenes con los informes y avances parciales de los trabajos durante el tiempo de su desarrollo, volúmenes monográficos, especializados y de cierta entidad en cuanto a las dimensiones y la ilustración. Sólo por eso ya merecerían el agradecimiento de los americanistas los directores Cristina Vidal y Gaspar Muñoz, pero es que además el volumen que ahora llega a nuestras manos, lo mismo o incluso en grado superior a los dos anteriores, ha sido cuidado al máximo, en maquetación, diseño, fotografías y contenido textual. Es buena prueba, por tanto, de cómo han cambiado los informes arqueológicos en las últimas décadas, introduciendo el color, la infografía, los diagramas especiales y un sistema de referencias muy ágil y atractivo.

El título del volumen indica también otra cosa importante: el deseo de los editores de abrir esta serie a artículos y reflexiones no siempre centrados con exclusividad en el proyecto de La Blanca, sino que aborden temas colaterales más o menos próximos a los intereses de cada temporada de trabajo de campo o a los fines de la investigación en general. De ahí que el volumen se divida en dos partes netamente diferenciadas, la primera desgranando las facetas de las excavaciones de 2006 (la tercera temporada en el sitio), y la segunda planteando cuestiones de índole mucho más amplia.

Uno de los criterios seguidos escrupulosamente en las publicaciones de la serie ha sido llamar la atención de los especialistas sobre aspectos del trabajo arqueológico muy a menudo descuidados por los investigadores. Así, ahora, asistimos gozosos a capítulos en los que se estudia la conservación de los edificios, la conservación de los restos óseos hallados, o las técnicas y procedimientos de los pintores de La Blanca y de su entorno. Junto a ello dos reveladores artículos de la inserción de la arqueología de campo en los proyectos globales multidisciplinares que persiguen la cooperación internacional y el desarrollo de ciertas áreas de los países en vías de industrialización: un estudio sobre la vegetación con vistas al respeto medioambiental a corto y largo plazo, y un informe sobre las actividades de difusión y sensibilización de la población autóctona, tareas claramente orientadas a una gestión estable y sostenible de los recursos culturales y naturales en la que sean protagonistas todos y cada uno de los habitantes de la región. Por supuesto, no se descuidan los capítulos tradicionales sobre arquitectura, objetos y otros hallazgos. En conjunto, pues, esta primera parte es una aproximación completa, original y muy meditada, a los problemas que plantea un proyecto arqueológico en una ciudad de tamaño medio del

Petén guatemalteco. Los lectores tendrán ocasión de saber muchas cosas nuevas sobre arqueología maya, pero también de vislumbrar nuevos y prometedores caminos para esta vieja disciplina.

La segunda parte del volumen que reseñamos presenta cuatro artículos complementarios variados y significativos. Sobre la transición del Clásico Terminal al Postclásico en la región, los indicios, los estudios y las hipótesis. Sobre la importancia de tomar en consideración la voluntad escenográfica de los arquitectos y urbanistas mayas para mejor comprender la morfología y evolución de las ciudades. Sobre el colapso maya y las características de ese difuso período que llamamos Clásico Terminal. Y, *last but not least*, sobre una interesantísima ofrenda aparecida recientemente en la Plaza de los Siete Templos de Tikal.

No voy a mencionar, pues sería una larga enumeración, a todos los autores que han colaborado en este espléndido volumen. Baste señalar que hay españoles, guatemaltecos y norteamericanos. Un ejemplo más de buen hacer, porque un proyecto que se define igualmente en el área de la cooperación, es indudablemente positivo que procure simultáneamente la colaboración de especialistas de distintas orientaciones, escuelas y países.

Para finalizar, un deseo, que la serie de La Blanca y los cuadernos de arquitectura y arqueología maya puedan cumplir muchos volúmenes más para beneficio de la mayística y del prestigio de la ciencia española.

Miguel RIVERA DORADO
Universidad Complutense de Madrid

Beatriz BARBA AHUATZIN y Alicia BLANCO PADILLA, coordinadoras, *Iconografía mexicana VII. Atributos de las deidades femeninas. Homenaje a la maestra Noemí Castillo Tejero*. Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 2007. Colección Científica nº 511, Serie Antropología. 208 páginas, 91 dibujos, 87 fotos y 5 mapas en blanco y negro, bibliografía en cada capítulo. Edición rústica. 26 x 18,5 cm. ISBN-13: 978-968-03-0239-0. ISBN-10: 968-03-0239-3.

Ésta es una obra que aúna el homenaje a una investigadora y la recopilación de artículos procedentes de un simposio iconográfico. La homenajeada es la Maestra Noemí Castillo Tejero, por su dedicación al desarrollo y difusión de la Arqueología mediante la docencia y la investigación y por su labor de estudio, clasificación, conservación y restauración del patrimonio. El homenaje ocupa las primeras páginas (pp. 11-48) y consta de una presentación, varias dedicatorias y semblanzas escritas por colegas, un extenso *curriculum vitae* y un álbum fotográfico. Este tipo de distinciones responden a un interés por parte del Seminario Permanente de Iconografía de resaltar la figura de algunos de los investigadores mexicanos que lo integran y cuya obra no ha sido suficientemente reconocida. Dicho Seminario depende de la Dirección de Etnología y Antropología Social (DEAS) del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) y tiene lugar en la ciudad de México el segundo

martes de cada mes, excepto en septiembre, cuando se celebra la Jornada Académica. La coordinadora general de este Seminario y Jornadas es la Maestra Beatriz Barba Ahuatzin¹, quien coordina igualmente los diversos volúmenes de *Iconografía mexicana*, publicación que recoge anualmente parte de las ponencias de estas reuniones.

Los capítulos, como se ha dicho, son fruto de las ponencias presentadas durante la séptima jornada, celebrada en 2002 con el tema de los atributos de las diosas². Para la coordinación de la obra, en esta ocasión Beatriz Barba contó con la colaboración de la Doctora Alicia Blanco Padilla. A diferencia de ésta, que no firma ninguno de los textos, Barba se ocupa en este número de varias secciones (la nota aclaratoria inicial, la presentación de la Maestra Noemí Castillo, la introducción a la obra) y es autora del segundo de los artículos.

Estos trabajos van precedidos de la introducción a la obra de Barba (pp. 51-53), donde aclara que las coordinadoras no comparten algunas de las posturas e ideas expuestas, pero las incluyen para mostrar diversos puntos de vista y avanzar en la investigación. En total son trece artículos, seleccionados de entre treinta y tres transcripciones de ponencias de la Jornada, por lo que resulta un conjunto variado en cuanto al enfoque, los periodos y áreas territoriales, lingüísticas y culturales mexicanas y al tipo de imágenes analizadas, abarcando desde las figurillas femeninas preclásicas hasta las vírgenes cristianas coloniales. Van de la página 55 a la 205 y tienen una extensión variable entre las 7 y las 16 páginas, al igual que variable es el número de imágenes y fotografías que muestran. Sus autores son miembros del Seminario Permanente de Iconografía; son historiadores, historiadores del arte, antropólogos, arqueólogos, etnólogos y geógrafos, y la mayor parte de ellos ejerce como investigadores en instituciones mexicanas, principalmente en el INAH.

Para dar una idea de estos artículos, a continuación los comentaremos brevemente. El primero es el de Jorge Angulo Villaseñor, «De madres vírgenes a deidades de los mantenimientos» (pp. 55-66), que repasa las manifestaciones de las fuerzas creadoras y reproductoras entre las culturas del centro de México desde el Preclásico hasta la actualidad. En origen estas fuerzas tendrían forma de figurillas femeninas maternas, y las compara con las prehistóricas de Eurasia; pero los cambios socioeconómicos llevarían a reorientar el ideal hacia parejas de hombre y mujer en los que ambos tuvieran la misma importancia y, más adelante, a una mezcla entre los principios femeninos y los masculinos y a la multiplicación de sus advocaciones, entre las que aparecería la de destrucción a la par que la de creación.

Beatriz Barba Ahuatzin, en «Chalchiuhtlicue, diosa del agua» (pp. 67-81), defiende la idea de que las procesiones tenían en Mesoamérica una tradición anterior a la llegada de los españoles, y que solían estar relacionadas con las deidades del agua, por ser un bien básico para la subsistencia. La importancia de estas deidades cam-

¹ Anteriormente Beatriz Barba de Piña Chan, hasta la muerte de su esposo, Román Piña Chan, en 2001.

² La primera Jornada se celebró en 1996 sin una temática concreta y se publicó en 1999 como *Iconografía mexicana I*; la segunda, en 1997, tuvo por subtítulo *El cielo, la tierra y el inframundo: águila, serpiente y jaguar* (publicada en 2000); la tercera, de 1998, se centró en la *Representación de los astros* (2002); la cuarta, en 1999, versó sobre la *Iconografía del Poder* (2002); la quinta, del 2000, se tituló *Vida, muerte y transfiguración* (2004); y la sexta, en 2001, trató sobre los símbolos de los elementos y, en lugar de publicarse como *Iconografía mexicana VI*, se distribuyó en soporte electrónico entre los miembros del seminario.

biaría a lo largo del tiempo en función de la organización política, pasando de deidades menores como los Tlaloques en el Preclásico, al culto a la pareja formada por Tlaloc y Chalchiuhtlicue en el Clásico (también llamado Sacerdotal por Barba), momento en el que la segunda sería objeto de romerías en la pirámide teotihuacana tradicionalmente llamada de la Luna. Y, finalmente en el Posclásico (o Militarista, según Barba), tendría mayor importancia el dios masculino Tláloc, mientras su pareja femenina perdería importancia.

Eduardo Corona Sánchez, en «Xilonen, Tlazoltéotl y Xochiquetzal. Iconografía de tres deidades de la formación social. Teotihuacan» (pp. 83-96) pretende demostrar que las mismas deidades y sus funciones son comunes en diversos periodos y culturas de Mesoamérica, pues estas poblaciones compartirían un mismo sistema de producción y tendrían idénticas necesidades. Lo hace en base a cuatro trabajos sobre dioses teotihuacanos (de Alfonso Caso, Pedro Armillas y Enrique Florescano) y mexicas (de Rafael Tena) y poniendo el ejemplo de las tres diosas nahuas mencionadas en el título, que el autor reconoce en Teotihuacan comparando su iconografía con la de otros sitios de México prehispánico.

Sonia E. Rivero Torres describe en los «Atributos religiosos de una figurilla femenina de Lagartero, Chiapas» (pp. 97-104) el contexto cronológico y espacial de su hallazgo y su iconografía, centrándose en los signos que aparecen en su vestido. Los interpreta como glifos del calendario tzolkin pese a que no aparecen numerales asociados, y combina los signos del calendario yucateco con el quiché. De los significados que atribuye a estos signos deduce sus advocaciones, prescindiendo de unas y destacando otras, como su relación con el agua, el maíz y las artesanías, por lo que identifica a la figura con una diosa con estas advocaciones o como su intermediaria.

Adriana Mondragón Vázquez interpreta «El motivo de serpiente y las diosas terrestres», (pp. 105-114) como un símbolo panmesoamericano relacionado con la tierra, el agua, la vegetación y sus frutos. Esta asociación se debería a la identificación del motivo reticulado de piel de serpiente, lagarto o caparazón de tortuga como origen de la superficie terrestre; y posteriormente como símbolo de lugares míticos o reales e insignia de poder de los señores y de su papel como sustentadores de su pueblo (como la tierra). Como colofón, identifica este motivo en la iconografía de algunas diosas para destacar sus atribuciones como deidades de la tierra, las aguas y la vegetación y su relación con el inframundo, aunque omite su carácter guerrero.

José de Jesús Alberto Cravioto Rubí recoge las apariciones de la diosa «Citlalicue, la de la falda de estrellas» (pp. 115-128) en las fuentes coloniales y sus representaciones iconográficas prehispánicas y la identifica como una manifestación de Omećihuatl, la parte femenina de Ometéotl. Pero aquí destaca su función más activa como madre de los dioses que descendieron a la tierra, crearon a la actual humanidad y a los astros a partir de su autosacrificio en Teotihuacan. Este sacrificio les convertiría en las estrellas que adornan la falda de la diosa, simbolizando así la importancia de Citlalicue como patrona de estos astros, además de la luna y el sol, y diosa de los mantenimientos, la fertilidad y la creación a la que dieron lugar ella y sus descendientes.

María Teresa Sepúlveda y Herrera, en «Atributos de una diosa de Xochimilco» (pp. 129-136), describe la información que proporcionan las crónicas del siglo XVI

y la iconografía sobre la naturaleza y funciones de Chiconahui Itzcuintli. Se centra en la etimología de sus nombres y en su mito, que explicarían algunas de sus atribuciones -como los perros, el inframundo y el hogar doméstico- y en su aspecto en los códices calendáricos y en los temalácatl o piedras de Moctezuma y Tízoc. Así concluye que su culto era muy antiguo, posiblemente de origen otomangue, y que, pese al aumento de sus roles y a la apropiación de estos por parte de otras deidades, se extendió por México a lo largo del tiempo.

Noemí Castillo Trejo participa en su homenaje con «Una escultura en barro de los llamados xantiles, de Tehuacán, Puebla», (pp. 137-144), donde describe el sitio, su adscripción étnica e historia para conocer el significado de sus figurillas, llamadas xantiles. Cree que su origen etimológico sería «santo» y que representarían a deidades mayormente masculinas. En este caso se centra en la única femenina que halló, a la que identifica con Xochiquétzal, pues su imagen sería idéntica a las que aparecen en el códice Borgia (pues, según la autora, este sería otomí y no mixteca). Y, a diferencia de Corona Sánchez, hace énfasis en que pese a que la diosa tenga rasgos similares en códices mixtecos y nahuas, presenta una imagen diferente en cada cultura.

Francisco Rivas Castro, en «Atlacoaya, Tezcacoac y Ayopechtli. Tres advocaciones de Mayahuel, diosa del maguey y el pulque» (pp. 145-154), reproduce el mito del origen del maguey y el pulque y habla sobre el origen de su consumo y sus utilidades. Según el autor, estas estarían por encima de las del maíz en el altiplano general, por lo que sus deidades también serían más importantes que las del maíz. Seguidamente describe la iconografía de estas y la etimología de sus nombres y advocaciones, dando una importancia muy desigual a unas y a otras, y encuentra sus rasgos iconográficos en algunas figuras de piedra e incluso en algunas vírgenes católicas.

Carlos Rincón Mautner describe el mito de creación de los nguíwa o chocho de Coixtlahuaca y su iconografía en «Donde ataron a nuestra madre: la diosa de la tierra y el Coatepec de la Mixteca», (pp. 155-171) y demuestra como lo reprodujeron a fin de legitimar la sucesión sus señores y preservar sus tierras; y, posteriormente, como fue adoptado por el cristianismo para adoctrinarles. Describe la imagen del lugar mítico de la creación -y su identificación con la orografía local- y la relaciona con imágenes y mitos similares. Seguidamente expone las interpretaciones de varios autores sobre la figura femenina que protagoniza la escena y la equipara con Coatlicue y Tláloc como deidades de la tierra y el agua.

Julia Santa Cruz Vargas y Enrique Tovar Esquivel inician con «Una trampa al diablo que comenzó con su engaño» (pp. 173-182) una serie de tres artículos dedicados a vírgenes cristianas. En esta ocasión se describe una variación iconográfica novohispana al tema de la Anunciación, prohibida ya en Europa, que consistía en la representación del Niño Jesús u homúnculo cargando una cruz antes de nacer de María, y lo interpretan como una trampa para el Demonio que supondría su fin. Y en un relieve de la Capilla del Pocito (en la Villa de Guadalupe), aparece el mismo Demonio en forma de gato observando la escena sin poder hacer nada por evitar su propio fin.

Los mismos autores, Enrique Tovar Esquivel y Julia Santa Cruz Vargas se dedican seguidamente a «La Virgen de la Leche: ¿herética por erótica?» (pp. 183-196), el tema de María alimentando al niño en la iconografía novohispana y en concreto en la *Virgen de Belén*, de José del Castillo. Pretenden averiguar cuál era la intención original de su

autor y proponen que era mostrar la naturaleza humana de la virgen y su faceta como madre; lo que fue derivando en una figura caritativa y piadosa, cuya leche alimentaba y daba salud y sabiduría a la humanidad. Pero hubo quienes consideraron que estas imágenes ofendían la pureza de la Virgen y se retocaron algunas obras ocultando el seno, y reinterpretando así el mensaje original según una mentalidad posterior.

La compilación concluye con el texto de María J. Rodríguez-Shadow sobre la «Historia y mitos de la Virgen de Ocotlán. Valoración antropológica», (pp. 197-205). Aquí presenta la adoración de las vírgenes cristianas y sus mitos de aparición como estrategias de las comunidades indígenas para asegurarse la protección de un ser milagroso y sacralizar los lugares anteriormente venerados. Estos mitos y cultos a la Virgen fueron igualmente alentados por los religiosos para facilitar la conversión, al atribuirle poderes sobrenaturales similares a los de sus dioses. Y, en el caso de la Virgen del Ocote de Ocotlán, propone que surgió también como una respuesta étnica frente a la aparición de la Guadalupeana de los mexicas, que en otro tiempo fueron sus opresores.

A lo largo de estos artículos se ha expuesto la iconografía y funciones de diosas mesoamericanas mexicanas, la información que las crónicas coloniales dieron sobre ellas y sus reminiscencias actuales, exponiéndose la identidad de las Vírgenes de manera análoga a la del resto de las deidades. Por lo general, estas deidades presentaban una serie de advocaciones muy similares, tales como la creación, la tierra, el agua, la vegetación y sus frutos, del cielo y sus astros; y, aunque en ocasiones se señalaba también su relación con el inframundo, pocas veces se las relaciona con aspectos negativos, de guerra y destrucción.

La mayoría de los autores opina que estas diosas y sus diversos aspectos, atributos y mitos fueron comunes a los diversos pueblos del México prehispánico, aunque se tratase de etnias, lenguas y periodos diferentes. Y se centran especialmente en los pueblos nahuas, mixtecas, zapotecas, otomíes y, brevemente, en los mayas, que ocuparon el altiplano central, Puebla, Oaxaca y Chiapas, en perjuicio de otras zonas y grupos del norte y occidente de México, la costa del Golfo y Yucatán, donde quizá estas deidades y sus rasgos eran algo diferentes. Los artículos abarcan todos los periodos históricos, desde el Preclásico hasta la Colonia, y aparecen por este orden en la obra; e inciden especialmente en el Clásico y sobre todo en el Posclásico, de donde procede gran parte de la información para el centro de México.

Se dan explicaciones a la supuesta continuidad cultural en México prehispánico, así como para los cambios que se produjeron a lo largo del tiempo; pero, por lo común, coinciden en afirmar que, en un primer momento, se rendía culto especialmente a las diosas de la fertilidad; posteriormente el ideal fueron las parejas de hombre y mujer, y finalmente privilegiaron los aspectos masculinos y bélicos en perjuicio de las mujeres. Y en la Colonia estas deidades serían sustituidas por el culto a las Vírgenes, como una estrategia que benefició tanto a los religiosos como a las comunidades indígenas.

En conclusión, existen algunas discrepancias entre unos autores y otros en cuanto a las advocaciones y aspecto de algunas diosas y otros puntos pero, en general, el libro sigue una línea bastante homogénea y constituye una lectura de fácil comprensión sobre la imagen, atributos y advocaciones de las diosas del centro de México.

Tras la VII Jornada, que dio lugar a este trabajo, se han seguido celebrando otras, una por año y tratando temas como *Animales fantásticos* (VIII Jornada, 2003), *Flora*

(IX, 2004), *Fauna* (X, 2005), *Toponimia y heráldica* (XI, 2006) y *Vestido e indumentaria* (XII, 2007). Esperamos que en 2008 se celebre la número XIII sobre *Dioses y héroes mitológicos* con el mismo éxito, que los seminarios sigan reuniendo a investigadores, nacionales e internacionales, y que los trabajos presentados sean publicados con la misma continuidad.

Rocío GARCÍA VALGAÑÓN
Universidad Complutense de Madrid

William BRIGHT, *Native American Placenames of the United States*. Norman: University of Oklahoma Press, 2004. xviii + 600 págs., 26 cm.

El especialista en filología celta Joseph-Jean-Baptiste-Marie Vendryes (1875-1960) afirmó que escribir un diccionario es la peor de las torturas («il n'est guère de tache plus ingrate que la confection d'un dictionnaire», citado en J. Pokorny, *Indogermanisches etymologisches Wörterbuch*, Bern 1959, vol. 3, pág. 1). Si el diccionario en cuestión es etimológico, la tortura debe ser doble, porque más que los diccionarios sincrónicos, los diacrónicos no sólo exigen un trabajo adicional considerable, amén de conocimientos que van más allá de la propia lengua glosada, sino que además, como consecuencia precisamente de ese trabajo adicional, son susceptibles de recibir mayores críticas y de provocar más rechazo entre sus usuarios. La obra que presenta el recientemente desaparecido William Bright [abreviado WB] (léanse las necrológicas a este gigante de la lingüística amerindia por i.e. Jane Hill en *Language* 83/3 [2007], págs. 628-41 y Joel Sherzer en *Language in Society* 36 [2007], págs. 151-5) es una *ave raris* en su género, porque al contrario que Vendryes, y dada la personalidad de WB, seguro que habrá disfrutado más que nadie durante el proceso de redacción de este diccionario.

Desde una perspectiva diacrónica, la toponimia no es una especialidad sencilla. Aunque se parte del principio, lógico y más o menos demostrable, de que los topónimos son por lo general definitorios, i.e. muchos significan simplemente «río», «montaña» o «valle», a veces acompañados de preposiciones, p.ej. «en X», y/o formando un sintagma del tipo «X de Y», esto no siempre es así. Las motivaciones que empujan a la gente a nombrar un lugar, y cómo lo nombran, pueden ser de muchas clases: desde malentendidos «coloniales» (John Fremont llamó a un lago *Tahoe* después de que en 1844 un indio washo respondiera a la pregunta «¿cómo se llama este lago?» con un simple *dá'wa* 'lago'), creencias religiosas, añoranza, respeto y/o pragmática (muy a menudo los topónimos se repiten en un sitio y en otro por alguna de estas tres actitudes o sentimientos), etc. En las páginas introductorias (pp. 3-15) WB intenta establecer una tipología toponímica basándose precisamente en este tipo de consideraciones (pp. 9-12), al mismo tiempo que demuestra cuán confusa y peligrosa puede ser la labor etimologista cuando se trata de topónimos, p.ej. *Siwash*, una localidad situada en Alaska entre otros estados (p. 449), es un término nativo del Chinook Jargon (lit. «jerga chinook»), un pidgin con base en lenguas indoeuropeas, tanto que el origen últi-

mo de la palabra en cuestión es el francés *sauvage*. ¿Es entonces un topónimo nativo? Estrictamente hablando no, pero en la práctica así debe ser considerado, al haberse hecho topónimo gracias al Chinook Jargon, y no a la francesa. Además, aclara el autor, no todos los topónimos deben tener etimología, y aunque se cumpliera el principio (repetimos: no fiable al 100%) de la naturaleza descriptiva de los mismos, ésta a menudo no puede recuperarse por los medios filológicos existentes. Como dice WB, la etimología de aquellos topónimos están «lost in the mists of antiquity» (p. 14).

Una vez inmersos en las labores puramente etimológicas, es el propio WB (pp. 13-15) quien aclara que el objetivo del diccionario no es recoger y discutir todas las propuestas planteadas. Todo lo contrario. WB ha optado por dar prioridad a la etimología más convincente. Este modo de proceder confirma que el objetivo final del diccionario no es totalmente la comunidad académica, pese a que todos sus integrantes puedan obtener obvios beneficios de su uso (aquí van incluidos antropólogos, arqueólogos, historiadores, etc.), sino también al neófito que desee aproximarse a este campo sin temor a perderse en discusiones técnicas bizantinas. En este sentido, la filología hispánica ofrece un modelo paralelo en la figura de Joan Coromines, que decidió producir dos versiones diferentes de su diccionario crítico etimológico castellano e hispánico: una en seis volúmenes, para la que fue necesaria la colaboración de José A. Pascual, y otra en un único volumen, que tenía el objetivo de ser lo más accesible posible para todo el mundo. El diccionario de WB, a falta de una versión académica –que sin duda se extendería también muchos volúmenes– ocupa el lugar que muchas otras obras han buscado pero que no pueden ocupar. Esta situación genera una pregunta en parte obvia («¿por qué nadie antes había escrito un diccionario como éste?»), que el propio WB se encarga de responder (p. 8): la combinación de tecnología, lingüística histórica, toponimia y filología amerindia era imposible hasta fechas recientes y por eso los proyectos anteriores sólo podían ser de marcado carácter divulgativo (en ocasiones sin ni siquiera trasfondo académico) y local.

WB cataloga, describe y analiza cerca de doce mil topónimos de todo el país. Como fuente principal ha utilizado el servicio Geographical Names Information System o GNIS (p. 3), que puede consultarse a través de Internet, así como de diccionarios ya producidos (algunos por él mismo, véase la extensa bibliografía en pp. 587-600) y notas de trabajo de campo, propias o de colegas de profesión, que incluyen topónimos no registrados por el GNIS. Lógicamente, el área de especialidad de WB no alcanza para comentar todos y cada uno de los topónimos tratados en el diccionario, así que WB ha recurrido al sabio consejo de otros especialistas: Ives Goddard (lenguas algonquinas), Pamela Munro (lenguas de California, utoaztecas), Lawrence Kaplan (esquimología), James Kari (lenguas de Alaska), etc. Sería muy difícil encontrar a especialistas más preparados y con más experiencia que los nombrados en las listas de colaboradores y de personas a las que WB agradece su ayuda; de una u otra manera ha conseguido a los mejores informantes posibles, y eso es ya de por sí una garantía de calidad, no sólo del producto final, sino también de la responsabilidad y sentido común del propio WB.

Por supuesto, no todo puede ser bueno en una obra de estas características y WB ya advierte de las (muchas) deficiencias de su trabajo. Dando por obvias las que señala WB (i.e. casi nula exhaustividad, topónimos por describirse, etc.), podrían

añadirse otros detalles negativos. Por ejemplo, en la página xv se indica que la letra ñupiaq <g> se pronuncia [ɣ], pero esa información no se señala en el caso aleuta, donde la equivalencia grafía-fonema es la misma. Todavía en el ámbito aleuta, a menudo se echa en falta un poco de precisión en las referencias, ya que en el caso concreto del diccionario aleuta-inglés de Bergsland, su uso puede ser algo complicado para el no especialista, así que no estaría de más indicar la página exacta. A veces es algo desesperante lo sucinto de los comentarios etimológicos, p.ej. en *Paxico*, quizás de *Pashqua*, el nombre de un jefe potawatomi (p. 374), ¿es posible identificar el sufijo (familiar-diminutivo) español *-ico* o sólo se trata de una coincidencia?, ¿puede ser un ejemplo de analogía con *Mexico*, donde *-ico* no tiene nada que ver con el sufijo español antes aludido? Incluso sobre *Mexico* (p. 281) sería oportuno aclarar que no es un topónimo castellano (como alguien bien podría deducir tras una lectura descuidada de la página 12), sino que es un sustantivo locativo náhuatl *Mēxi-co* (F. Kartunen, *An Analytical Dictionary of Nahuatl*, Norman 1992, p. 145a), cuya etimología es en principio desconocida. Con seguridad WB conoce todos estos detalles, pero ha decidido prescindir de ellos en detrimento del usuario menos experimentado. Por otro lado habría sido magnífico si WB hubiera recordado al lector neófito que no todos los topónimos indios están recogidos, no sólo en este diccionario, sino en términos generales. Muchas localidades o accidentes geográficos con topónimos de origen no-nativo tienen con seguridad su correspondiente nativo, y seguro que muchos otros, pero nunca han sido preguntados o todavía esperan ver la luz en publicaciones (especializadas). Nunca antes había venido mejor el dicho español «están todos los que son, pero no son todos los que están». Otra cuestión peliaguda es la ausencia de índices de cualquier tipo; dado que los lemmata están ordenados alfabéticamente, la posibilidad de hacer una búsqueda selectiva, p.ej. a partir del parámetro «Estado» o «lengua nativa X», queda totalmente excluida. Esta limitación afecta a todo el espectro de usuarios, pero especialmente al academicista.

En conclusión, este diccionario es uno de los productos etimologistas dedicado a las lenguas amerindias más brillantes que se han gestado en los últimos años. Los errores señalados en el párrafo anterior pueden subsanarse fácilmente en ediciones posteriores y obtener así el trabajo básico definitivo de la toponimia nativa norteamericana, si es que ya no lo es en su actual estado. En las conclusiones de la introducción WB termina comentando: «The perfect etymological dictionary of such names will never exist; but better books of this type will exist in the future, and I trust that my work will help to make them possible» (p. 15). Esta reseña comenzaba con una cita de Vendryes, y si se permite, acabará con una de Samuel Johnson (1709-1784), también en J. Pokorny (*ibid.*), que sólo confirma el temor inicial de WB: «Dictionaries are like watches, the worse is better than none, and the best cannot be expected to go quite true». Sin embargo, no hay ninguna duda de que la contribución de WB al campo es inmensa y su diccionario será la piedra angular sobre la que se deberán iniciarse futuros proyectos.

José Andrés ALONSO DE LA FUENTE
 Universidad Complutense de Madrid - Universidad del País Vasco